

Mercedes Ballesteros



LA SED



Mercedes Ballesteros nació en Madrid. Cursó la carrera de Filosofía y Letras. Ha estrenado varias comedias, una de las cuales, "Las mariposas cantan", obtuvo el Premio "Tina Gascó". Las novelas y los libros de humor constituyen la base de la obra literaria de Mercedes Ballesteros, firmada en ocasiones con el seudónimo de "Baronesa Alberta". Entre sus títulos destacan "Así es la vida", "Eclipse de tierra" -premio "Novela del Sábado", libro traducido al inglés y al alemán-, "Este mundo", "La cometa y el eco", "Verano", etc. También ha obtenido premios de periodismo y cuentos. En esta misma colección, Mercedes Ballesteros ha publicado "Taller" y "Mi hermano y yo por esos mundos", a los cuales se añade ahora "La sed". En esta última novela es donde se aprecia con mayor intensidad sus extraordinarias dotes de observación y los personajes que por ella desfilan han sido pintados con singular finura y agudeza.

MERCEDES BALLESTEROS

LA SED



EDICIONES DESTINO
TALLERS, 62 - BARCELONA

Primera edición: mayo 1965
Depósito legal: 11.248 - 1965
Núm. de Registro: 2.492 - 65
© EDICIONES DESTINO

PRINTED IN SPAIN

I

Un rayo de luz clareaba las manos de Justa, sus dedos largos y exangües que se movían rítmicamente, manipulando con las agujas. Carlos, frente a ella, levantaba de vez en cuando los ojos del libro y miraba las manos hacendosas de Justa. También ella, a trechos, sin interrumpir la labor, dirigía la vista a su marido. Y el silencio era sutil, delgado, como tembloroso, porque ninguno de los dos sabía qué palabra podría decirse que rompiera la tensión y no aludiese para nada a lo que ambos estaban pensando.

Carlos se había puesto a mirar las manos de ella. Eran traslúcidas y como si no pesaran. Ocho años de casados ya, y nunca se había fijado con tanta atención en las manos de Justa. ¿O es que ahora habían alcanzado esa plenitud de belleza al convertirse en unas manos tristes, como si por ellas se escapara toda la pesadumbre, todo el profundo dolor que debía sentir?

Carlos se había enamorado de Justa, más que nada por esa rara serenidad que nimbaba todo su ser, por su gesto desdeñoso, por la distinción sin artificio de su figura, que seguía siendo de adolescente al borde de los treinta años. Le pareció tan seria para su edad cuando se conocieron, tan seria y tan distante, que tardó en atreverse a decirle que estaba enamorado. O tal vez no se atrevió. Tal vez no se lo dijo nunca. Le dijo otras cosas, que la admiraba, que la consideraba superior. Y fue por eso por lo que, cuando le propuso que se casaran, se sorprendió de que lo aceptara tan llanamente, como si temiese que le fuese a considerar poca cosa para ella.

—¿Poca cosa tú, un muchacho de carrera, rico por su casa, de buena familia?

Quien le dijo aquello fue su hermana Amelia.

—¡Qué más quiere! Y, sobre todo, ¿quién es ella, vamos a ver? ¿Qué familia es esa? ¿Quién era su padre? ¿Qué es su abuelo? Un viejo chiflado, un extravagante.

Pero Carlos sabía que no eran aquellas las medidas que contaban para ganarse a Justa. No valía lo de «chico de carrera», ni todo lo demás. Debía de haber otra suerte de méritos para llegar a una mujer como esa, aislada, casi sin amigos, que vivía con su abuelo en un caserón atestado de libros.

—Ya verás, ya verás de lo que le sirven tantas lecturas y tanta pedantería para gobernar una casa.

—Yo no necesito un ama de llaves, Amelia, sino una mujer con la que poder hablar.

—¿De qué, de filosofía?

A Carlos le fastidiaba el diálogo con su hermana. Le irritaba su incomprensión, su vulgaridad. Pero Amelia era su única familia y con alguien tenía que confiarse.

—Justa me ha dicho que, mientras viva su abuelo, no se separará de él.

—¿Tú has visto? ¿De manera que el hombre que se case con ella tiene que cargar con el viejo? ¿Por qué no se va con su hija? ¿No me has dicho que tiene una hija casada en Portugal?

—No se entienden.

—¡Me gusta! No se entiende con su propia hija y a la fuerza se ha de entender con el marido de la nieta. Ya estás viendo como su propia familia no lo puede aguantar. No, si es lo que yo le digo a Enrique; que estás ciego, lo que se dice ciego. Hazme caso: piénsatelo bien. Antes de dar un paso así, que es para toda la vida...

Carlos se lo estuvo pensando durante un breve plazo.

Silvio de Almeida, el abuelo de Justa, era un personaje particular. Había sido profesor de Botánica en la Facultad de Ciencias de Madrid. Se necesitó abrir un expediente es-

pecial para concederle la cátedra sin que perdiera su nacionalidad portuguesa, a la que no quería renunciar de ningún modo, pese a que pasó la mayor parte de la vida fuera de su país.

Carlos había oído contar numerosas anécdotas de su época de catedrático. Sus extravagancias le convirtieron en un tipo pintoresco para sus alumnos, pero ninguno se atrevió jamás a faltarle al respeto. Quizás ello se debiera, más que nada, a que él, el propio Silvio de Almeida, no se respetaba gran cosa a sí mismo. Si los alumnos se le reían en sus barbas cuando, antes de empezar la clase, sacaba de la cartera un viejo peluquín y se lo ponía como quien se pone una boina, no podía tomarse aquello por hiriente cuchufleta, porque él mismo se había reído antes y entraba en la burla con los muchachos.

—Sois unos burros ignorantes —les decía a menudo— pero no creáis que la ciencia os va a aclarar gran cosa el entendimiento. La vida se aprende en la calle, no en los libros. ¡Id, id a los billares! —les instaba con vehemencia, olvidándose de que los billares fueron una diversión de su juventud que había caído en desuso—. ¡Haced picardías ahora que estáis en la edad! Si dejáis pasar el tiempo estudiando latín y botánica, se os enquistará la juventud, y ¿para qué os servirá ser unos mozos cargados de ciencia? ¿Queréis saber para qué? ¡Para que corráis detrás de las cupletistas cuando os empecéis a quedar calvos, y os cubráis de ridículo!

Tampoco parecía enterado de que el género de las *varietés* había pasado a la historia. Pero para que los chicos entendiesen su moral particular le valían de sobra sus símiles anticuados. «A cada edad su conveniencia».

Usaba de un código de su invención, según el cual correspondía a la juventud un proceder que lindaba con el desenfreno. Él mismo, en su mocedad, dejó fama en la Lisboa de principios de siglo; pero al cabo de tanto tiempo ya nadie hablaba del libertinaje de Su Excelencia Don Silvio

de Almeida Moraes, como no fuese algún superviviente que apurase la acidez de sus melancolías en el balneario de Vidago o de San Pedro do Sul.

Pertenecía a una familia que había producido en su día la flor de los *dandyes* de Portugal. El famoso Almeida Garret era casi su tío abuelo, y no cabe duda de que el escandaloso pariente legó gran parte de sus modos y finura para gozar de la vida a este don Silvio, que acabó su carrera explicando botánica y dando disipados consejos en la Universidad de Madrid.

Pero no sólo se gastaba jovialidades en clase, sino que, a cuenta de las mismas, dedicaba largas conferencias —tanto o más que a la botánica— a discurrir sobre la tristeza.

—Es sutil como vapor húmero que va calando sin dejarse ver, y al cabo no nos deja rendija por donde zafarnos de ella. Nada vale ponerle puertas al humo de la tristeza, porque antes o luego nos impregna el ánimo. Una vez que es llegada de nada sirve el temple más esforzado, y sólo se apacigua al pasar del tiempo, cuando ya todo nos queda tan indiferente que ni la pena vale la pena. Es por eso por lo que os convido a que gocéis de la vida mientras haya lugar.

Le cambiaba el semblante a don Silvio cuando traía a cuento la tristeza, y hasta se le quebraba la voz, que conservaba entera y timbrada como en su edad juvenil. Pero rápido se remontaba de la pasajera pesadumbre y recogía el hilo de la explicación científica con su acostumbrado ardor. Así y todo, quedaba en el aula como una vagarosa estela de tristeza que envolvía a los alumnos en mudo recogimiento, del que nacía, tal vez, la devoción fanática que sentían por su maestro.

Pasó Silvio de Almeida su juventud primera en constantes viajes y tomó parte en desafíos, raptos y desafueros de igual traza. Frecuentó el París del Bal Tabarin, la Viena de Francisco José, y en la sociedad de Londres —donde residió algún tiempo— se hizo admirar por la amenidad de su

charla, la originalidad de sus chalecos y una cierta mordacidad que encantaba a las damas de la sociedad postvictoriana, tan apegadas al chismorreó picante y destructivo de unos ídolos que no eran los suyos.

Pero en Londres enfermó de *saudades* de su Lisboa natal y, dejando un puesto interino de diplomático, regresó a su patria, donde a poco se casó con la que había sido su primera novia, la delicada Maria Belem Almeida; prima suya.

Fue durante tres años marido ejemplar y puede decirse que no hubo mujer más llorada que la dulce Maria Belem, que murió de unas fiebres malignas a poco de dar a luz a su segundo hijo, Lorenzo, que había de ser padre de Justa.

Maltrecho por la prematura viudez y tornado su carácter alegre en negra melancolía, fuese a viajar por el mundo, dejando a su hija mayor, Belencinha, al cuidado de la parentela de su mujer. Llevó consigo al recién nacido, que desde sus primeros días hasta los postreros de su existencia, arrastró una vida de enfermo, sin que bastaran a alentar su salud y robustecer su enclenque constitución los cuidados que siempre le procuró su padre, que viajaba con ama del país, una lugareña del Algarbe que adoraba al chico. Iguales desvelos dedicábale el fiel Matías, ayuda de cámara de don Silvio, leal como un perro, que lo mismo que le sirviera de tercero en sus pasadas intrigas amorosas, servíale de ayo del cuitado Lorencinho.

Se instalaron en Londres, pero el clima probó mal al niño y, buscando mayor bonanza, fueron a parar a Barcelona.

Por nada del mundo habría vuelto Silvio Almeida a su amada Lisboa, ya que, a su decir, «pasáronse los tiempos de los amores» y tocábale vivir en melancolía perpetua. El que fuera un voluptuoso cayó en casero y volvióle el gusto a sus lecturas de Ciencias Naturales, en las que se había licenciado a trancas y barrancas, alternando estudios con amoríos y francachelas. En su época de diplomático y hombre de mundo no volvió a topar con libro de ciencia, y fue

de hombre maduro cuando tornó a ellos y comenzó a formar su biblioteca y a publicar espaciadamente algún trabajo de consideración.

Matías aceptaba de mala gana la vida recoleta, y le sentaba mal que se apolillara y pasase de moda en los armarios la ropa de vestir. Idea suya fue procurarle a su amo un abono en el Liceo, «por no verle envejecer como un cuitadiño, cuando todavía las mozas volvían la cabeza en la calle al verle tan espigado como tallo de adelfa, con su cabeza que caneaba sobre la frente cetrina, dándole tales aires de señor».

Frecuentó entonces, mientras iba creciendo el hijo, la sociedad barcelonesa, y perfeccionó a medias su castellano, al que la mezcla de la rotundidad catalana con el bisbiseante portugués prestaban una entonación particularísima. Se le tenía en Barcelona por hombre recto y virtuoso, entregado a sus libros y pendiente de aquel hijo que le vivía de milagro.

Por temporadas le traían a la hija, que se criaba en Portugal, y hasta se murmuró que acabaría contrayendo segundas nupcias con la cuñada, una doña Asunta Guimaraes, media hermana de la finada Maria Belén, mujer voluntariosa y de mucho mando, que había tomado a su cargo la educación de su ahijada Belencinha.

Para el pobre Lorenzo, aislado de juveniles compañías, que estudiaba en casa por temor a que en colegios o pensionados cogiera algún contagio, era una fiesta la llegada de la hermana mayor y se dejaba gobernar por ella de buen grado.

Belencinha era tumultuosa, hacía ruido por donde quiera que pasaba, le salía la risa a borbotones y lucía encendidos colores. «Es una verdadera Almeida», pensaba su padre, y le daba gozo verla tan llena de vida, tal y como habían sido siempre los suyos; pero ello mismo acendrabá su ternura hacia el malaventurado varón, el pobre Lorencinho.

—El niño no se cría raquítico, Excelencia —explicaba el bueno de Matías, que cegaba por el pequeño—. Es que es fino de sí, y no va a gastarse hechuras de lugareño el que ha nacido de casta de señores. No hay más que mirarle a las manos. ¿Se ha fijado su Excelencia en las manos del rapaz?

Eran unas manos afiladas y como traslúcidas, unas manos siempre ávidas, tendidas en un gesto anhelante que acentuaba el desvalimiento del pobre enfermo.

*

Carlos pensó en las manos del difunto Lorenzo Almeida que, vaciadas en yeso del cadáver, guardaba don Silvio en una alhacena de su dormitorio. Carlos apenas las había mirado, entre respetuoso y aprensivo del funerario recuerdo; pero ahora, de pronto, le parecía que las manos de Justa eran las manos de su padre, tan sin vida. ¿Estaría ella también enferma? ¿Iría a morir prematuramente como el desdichado Lorenzo Almeida? Una pena punzante le traspasó el sentido. No, no había por qué pensar en aquel desatino. Justa era sana, bien constituida. Sólo había heredado de su padre la palidez de la piel y el mirar melancólico.

*

A Silvio Almeida le hubiese gustado retener a su hija en Barcelona de un modo permanente; pero su astuta cuñada se las arregló para irle engañando año tras año, sin decirle abiertamente que no, pero decidida a no separarse de la chiquilla por nada del mundo. Cuando veía muy irritado a don Silvio corría a llevarle a la hija y lo calmaba por algunas semanas, para marcharse de nuevo con la promesa de que en la próxima temporada —cuando volvieran del balneario de Luso, que tan bien probaba a la niña— Belencinha no se separaría más de su padre. Pero al año siguiente inventaba nuevos pretextos y enredaba de tal modo las cosas que acababa por burlar al cuñado.

Matías —que no podía ver a la mandona señora, que lo traía loco cuando pasaba temporadas en la casa— estaba convencido de que lo que la solterona se proponía era pescar a su amo y usaba como reclamo a la tierna Belencinha. Por sí o por no, no perdía ocasión de ponerla en evidencia con don Silvio, no fuera éste a caer en sus redes.

—Con todo respeto —le decía— no puedo soportar a doña Asunta. Si no fuera por el afecto que siento por su Excelencia, dejaría su servicio con tal de no pasar por ciertas cosas. Yo quiero ser tratado como un mayordomo, no como un lacayo. Hay momentos en los que he pensado seriamente en despedirme.

El amo sabía de sobra que Matías, que llevaba un cuarto de siglo a su lado, no se marcharía nunca, pero fingía creerle y le prometía poner remedio a sus sinsabores domésticos creados cada temporada por la presencia de la forastera.

—Mujer bigotuda, al fin —dejaba caer Matías, con su doble idea de venganza y de contrarrestar cualquier posible inclinación del viudo.

—¡Si no tiene bigote! Tu odio te hace ver visiones.

—Lo tiene, y bien corrido; sólo que se lo saca con pinzas cada mañana, que yo lo vi.

Era cierto que a Asunta le hubiese agradado convertirse en la mujer de Silvio Almeida; pero más ahínco ponía en su firme decisión de no separarse de la niña. De una parte porque le había cobrado cariño y de otra porque, teniéndola a su lado, su vida tomaba un sesgo mucho más grato que el que hubiera tomado, a sus cuarenta años corridos, de quedarse de vieja soltera, sin más salidas que visiteos y devociones. Belencinha le daría ocasión de volver a hacer vida de sociedad, y de abonarse a las noches de gala de San Carlos para lucir a la muchacha y, de paso, lucirse ella misma, cargada de joyas, y que todo Lisboa se enterase de que Asunta Guimaraes todavía estaba para mucho.

Pero sus proyectos de gran despliegue de vida social pronto se vinieron abajo, porque Belencinha dio en enamorarse, a los quince años recién cumplidos, de un chiquillo poco mayor que ella; eso sí, de gran familia y muy formal. Asunta se lo escribió al padre y le dio su opinión de que, tratándose de tan buen partido, no le parecía sensato oponerse, sino más bien congratularse.

Pero como la chica aún no estaba de largo, tenían los novios que verse en paseos y reuniones propias de su edad, y la pobre doña Asunta se pasó dos años Chiado arriba, Chiado abajo, o haciendo labor en los jardines de Alcántara, en vigilancia perpetua de los juveniles novios.

Desde que empezó el noviazgo comprendió Silvio Almeida que había perdido a su hija para siempre. Violentando su inclinación fuese a verla a Lisboa, donde pasó una semana apesadumbrado por sus recuerdos y entristecido al comprobar que su hija, «enamorada como una Almeida» de su guapo novio, casi ni hizo caso del pobre padre ni del hermano.

Volvió al año siguiente para la boda y la misma noche de la ceremonia, tras haber paseado solo a la luz de las estrellas por las calles altas de su ciudad, como para despedirse de ella definitivamente, emprendió el regreso a Barcelona.

El único que gozó en esos días fue Matías, de ver a su amo tan señor, con sus ropas de gala y condecoraciones. Lorencinho se cansó del ajetreo y salió de Lisboa con fiebre y malestar.

Cuando el tren se alejaba y se veían las últimas luces de la ciudad, dijo don Silvio, como para sí:

—No se debe volver la vista atrás, ni andar sobre las propias huellas. Es de necios.

—¿Qué, papá? —preguntó Lorenzo, que no le había entendido.

—Nada, hijo. Que estoy viejo.

Lorenzo se echó a llorar. Matías, que llevaba siempre un saco con «prevenciones», le sirvió una copita de Oporto. Pero Lorencinho, aunque calmó su llanto, siguió contristado. Pensaba que si su padre era un viejo, como acababa de decir, moriría pronto, y que Matías, que debería de andar por su misma edad aproximadamente, moriría también y le dejarían a él solo, solo en el mundo, sin nadie más que Belencinha, esa hermana que no le quería. Porque para el pobre chico la alegría de Belén en su boda y el poco caso que le hizo, constituían pruebas ciertas de que ya no le quería como cuando eran pequeños.

Iba el tren corriendo por las estribaciones de la Estrella y Lorenzo seguía obsesionado con su idea. Sin su padre, sin Matías, solo en el mundo. No sabía que Silvio Almeida y Matías pasarían con creces de los ochenta y que, en cambio, él sería el que muriese primero.

II

Se abrió la puerta de la salita en la que Justa y Carlos llevaban casi una hora soportando el peso de su mutuo silencio, y entró don Silvio, seguido de Matías. A los setenta y ocho años conservaba el viejo señor muy buen porte, «el porte de los Almeidas», que decía Matías envanecido. Más quebrantado andaba el viejo mayordomo, que caminaba trabajosamente a causa de la gota.

Era la hora en que solían salir a dar una vuelta y a llevar la correspondencia a Correos. Porque don Silvio conservaba algunos amigos en Barcelona, en Lisboa y en Londres, con los que no había interrumpido una relación epistolar que en algunos casos duraba ya medio siglo. Por nada del mundo habría confiado sus cartas a manos de una criada. Tenía que ir el propio Matías, y preferentemente él mismo, al correo central, para evitar extravíos.

Fue un alivio para Justa y Carlos la aparición de ambos viejos. Sus propias voces que se les secaban en la garganta sonaron enronquecidas.

—Abrígate, abuelo. ¿A quién se le ocurre a fines de septiembre salir sin bufanda?

Matías trató de disculparse:

—Yo ya le dije a su Excelencia...

—Pero *su Excelencia* sabe muy bien cuándo tiene frío y cuándo no lo tiene —respondió el viejo don Silvio de mal talante.

Justa no le hizo caso. Entró en su cuarto, le trajo una bufanda y ella misma se la anudó al cuello.

—Pareces un niño.